QUIÉNES SOMOS, DE DÓNDE VENIMOS, A DÓNDE VAMOS

El azpeitiarra Ildefonso Gurrutxaga (1902-1974) nos ofrece una profunda e inquietante reflexión al respecto en su artículo “Una estampa pamplonesa del 1800. El anillo escolar antieuskérico”, publicado en “Tierra Vasca” de Buenos Aires el año 1959, y basado a su vez en la narración “El remolón de la escuela”, firmada por el dulantziarra Pablo de Mendibil (1788-1832), y publicada en Londres dentro de la obra “No me olvides” (1829). Mostramos aquí algunos extractos del mismo, pudiendo consultarse en su integridad gracias a la magnífica labor de María Luisa San Miguel: “Ildefonso Gurruchaga. Reflexiones sobre mi país”, editorial Saturraran, 2002.

Texto de Mendibil

“Por la mañana tener que dejar el dulce lecho a los gritos de ¡Perezoso! ¡Que es tarde! ¡Echarle un jarro de agua! Repasar la lección; no la sé bien. ¡Qué riña me espera o tal vez otra cosa peor! Ya estoy en la escuela. Es lunes y mi asustada imaginación me representa cada uno de mis juegos, cada una de mis acciones del domingo, como otros cargos de acusación. ¿Dónde estuve en misa? En San Nicolás, porque me llevó mi padre o me mandó mi tío, so pena de quitarme la merienda. ¡Delito! El señor maestro quiere que los de su escuela vayan todos a la Santa Misa.

¿Fui a una procesión o a la rogativa en hilera y abriendo la marcha, sufriendo empellones, miradas torvas y amenazas de vigilantes? Sí fui, pero me descuidé en que me viesen morder una manzana que llevaba en el bolso. ¡Delito grave! Pena de azotes sin remedio y a buen librar un furioso palmetazo.

¿Quiénes fueron los que durante las vísperas jugaron a la pelota en el atrio de la iglesia, obligando al Señor Don Fulano a dar queja formal? Salen mil denunciantes entre los mismos condiscípulos que no pueden hacer otro tanto y la zurra es inevitable.

Está mandado que no se vaya a nadar, que no se juegue al tángano, que no se cojan nueces verdes. ¿Y cómo dejar de cogerme a mí en alguna infracción de tantas leyes prohibitivas? Castigo severo.

Que mi lengua es la bascongada, y para obligarme a que la olvide como si fuera incompatible con aprender y saber la castellana, me condenan a recibir el maldito anillo si se me escapa una sola palabra de las que mamé con leche, aunque diga *Ama* en lugar de *Madre* o pronuncie *Jaungoicoa* en lugar de *Dios*, queriendo invocar su santo nombre. El anillo de mis pecados acierta a hallarse en mi poder. ¡Crimen peor que el de esa autoridad magisterial! ¡Sotana solemnísima!

¿Y si no aparece el anillo? ¿Si para evitar este paso, se oculta o de una vez se hace pedazos y nadie lo saca? En tal caso, ¡ay el último que lo tuvo! Él es el responsable. ¿Y si nadie lo tuvo y lo dio el señor maestro? Todos serán azotados. ¿Cómo todos? ¿Y quién los toma a cuestas? Los señalados. ¿Qué funcionarios son esos? Cuatro o seis condiscípulos escogidos entre los más robustos y mal intencionados, que son tenidos por intangibles sólo porque hacen el oficio de verdugos, para arrojarse como perros de presa sobre el infeliz condenado a la azotaina, sujetarle, desembragarle, y llevarle delante de la poltrona del señor Maestro, y poniéndole al descubierto y bien a tiro para que no yerre el golpe de la crujiente disciplina.

Planas, cuentas, doctrina cristiana… en cada cosa un peligro, en cada hora una cosa nueva y la disciplina y la palmeta y la carbonera siempre a la vista…”.

Texto de Gurrutxaga

Un escritor vasco muy poco conocido en su tierra es Pablo de Mendibil. Nació en Alegría de Alava (Dulantzi) en el año 1788. En su niñez vivió en Pamplona y luego estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza. Tras residir en Burdeos, se instaló en 1820 en San Sebastián, emigrando a Londres en 1823, donde fue profesor hasta su temprano fallecimiento en 1832.

Este relato de gran realismo, salido de la pluma del exiliado alavés mencionado, nos da el cuadro acabado de las escuelas de Pamplona a principios del siglo XIX, con sus métodos bárbaros de enseñanza, y nos sugiere varias reflexiones.

Contra los que por fines políticos o por estulticia se empeñan en hacernos creer que la vieja Iruña fue desde antiguo un islote castellanizado en medio de la zona euskaldún de Navarra, aquí vemos que a principios del siglo XIX era bilingüe. No podía ser de otra forma, pues en el mapa lingüístico que compuso el Príncipe Bonaparte en 1872, el euskera seguía todavía cerca de la línea de Estella-Tafalla-Sangüesa.

Así mismo nos pone al descubierto aspectos del ambiente de la capital navarra que también se observan en otras zonas de nuestro país: un clima en que lo religioso o, mejor dicho, lo eclesiástico prima en forma absorbente, mientras que a los elementos de lengua y cultura específicos, que en milenios habían venido dando fisonomía a nuestro pueblo vasco, apenas se les daba valor en la estimación de las gentes. Misas mayores, vísperas, rogativas, procesiones y sermones, polarizaban toda la atención; en cambio elementos consustanciales de lo vasco, como el euskera, eran perseguidos, en aras del castellano, en escenas bárbaras de azotes, como la que describe Mendibil.

Viendo ambientes como los que describe Mendibil nos explicamos que mientras en Europa al conjuro del romanticismo, las viejas nacionalidades oprimidas se agitaban en defensa de sus valores nacionales, el pueblo vasco tuvo que esperar. Entre tanto el repugnante anillo antieuskérico seguirá circulando y haciendo su labor destructora.